

..
GONZALO ÁLVAREZ
ALEJANDRO ARCHAIN
CARLOS DÍAZ

Un editor de tres siglos

La vida y los libros
de Arnaldo Orfila Reynal

LA VIDA Y LOS LIBROS

 Peudeba



Gonzalo Álvarez. Es abogado, profesor e investigador en la Universidad de Buenos Aires. Fue secretario académico de la Facultad de Derecho de la UBA (2002-2010) y consejero superior de la UBA por el claustro de profesores (2010-2014). Desde 2010 es presidente de la Editorial Universitaria de Buenos Aires - Eudeba.

Alejandro Archain. Desde 1979 trabaja en el sector editorial: se desempeñó en Distribuidora Cúspide y en las editoriales McGraw-Hill, Paraninfo, Manuel Moderno, Losada y Ediciones Macchi. Como poeta publicó seis libros. Comenzó a colaborar con el Fondo de Cultura Económica en 1992 y desde 2009 tiene a su cargo la gerencia general de la filial argentina.

Carlos E. Díaz. Es director editorial de Siglo XXI Editores Argentina desde su reapertura en el país, en el 2000. Licenciado en Sociología por la UBA, participó en programas de formación en Alemania, Francia, Estados Unidos, Reino Unido e Israel. Consejero de la Cámara Argentina del Libro (CAL), en 2011 recibió el Premio al Editor del Año otorgado por la FEL.

Índice

Prólogo	7
Cien años de edición	17
Los cincuenta y nueve días que proyectaron sesenta años de edición universitaria	35
Cómo se hace un editor o la maravillosa vida larga de Orfila Reynal	63

Prólogo

Algunos recuerdos

Por Alberto Díaz*

El director de Eudeba, Luis Quevedo, tuvo a la amabilidad de convocarme para prologar, o mejor dicho, para anteceder con algunos recuerdos personales los tres trabajos sobre Orfila Reynal que fueron presentados en el homenaje que se le rindió en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara 2014. Los tres trabajos que componen este libro que me toca “prologar” dan una visión muy completa y documentada de la larga trayectoria de Orfila en el mundo de la edición, de su obra en Fondo de Cultura Económica, en Siglo XXI y de su asesoría y diseño editorial de la Editorial de la Universidad de Buenos Aires.

Poco tengo que agregar a la documentada y detallada exposición sobre la trayectoria editorial y vida pública de Orfila que hicieron Gonzalo Álvarez, Alejandro Archain y Carlos Díaz en la FIL de Guadalajara, a la que ahora podemos acceder en esta publicación impulsada por Eudeba.

¿Qué decir o qué aspecto destacar sobre Orfila? Solo se me ocurre recurrir a mi memoria y experiencia y contar algunos aspectos de mi relación con don Arnaldo, como le decían nuestros compañeros de Siglo XXI en México. Nosotros en Argentina le decíamos Orfila y para él éramos “los muchachos”.

* Director editorial de Emecé Editores.



Arnaldo Orfila Reynal a los 23 años. El gran maestro de la edición había nacido en 1897 en la ciudad de La Plata, y ya había participado activamente del proceso de la Reforma Universitaria de 1918.

A principios de los años setenta ingresé en la recién constituida Siglo XXI Argentina Editores, producto de la fusión de la sucursal que Orfila había abierto en 1966, y que gerenciaba Norberto Pérez, con los Cuadernos de Pasado y Presente dirigidos por el gramsciano cordobés José Aricó (Pancho) y la editorial Signos, fundada por dos amigos y compañeros de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, Enrique Tandeter y Juan Carlos Garavaglia. Fue Enrique Tandeter quien me convocó a participar en este nuevo proyecto editorial.

Al momento de ingresar a Siglo XXI solo reunía el primer requisito para ser editor: era lector y amaba a los libros. Así que fui aprendiendo los pormenores del oficio con el mejor maestro que había en esos momentos, Orfila Reynal, y el excelente equipo de trabajo de Siglo XXI. Orfila, mis compañeros y el clima de época conformaron y fueron constituyendo mi naturaleza y actitud frente a la edición y el libro hasta el día de hoy.

Participar diariamente en ese particular clima de trabajo, en donde todo se discutía o cuestionaba con pasión y camaradería fue una escuela que todavía añoro. Orfila nos visitaba una vez al año durante un mes. Escuchar a Pancho discutir con él, o escucharlo a Orfila, que tenía una capacidad innata de pedagogo, era un curso acelerado de humanismo, de cultura general y de vida.

Al año de haber ingresado a Siglo XXI, Norberto Pérez, Pancho y yo pasamos a dirigir la editorial, o gerenciar, como se decía en la época. A partir de este momento y hasta el cierre de la editorial, todos los años viajaba a México, con lo cual mi relación con Orfila se fue haciendo cada vez más estrecha, lo mismo que con su segunda mujer, la antropóloga de origen francés Laurette Sejourné, viuda del escritor y revolucionario Victor Serge, autor del excelente libro *El año I de la Revolución Rusa*.

La jornada de trabajo con Orfila, tanto en México como en Buenos Aires, no tenía límite horario. Desde el momento en que se trasladó a México y hasta su muerte, siempre vivió en su lugar de trabajo, nunca tuvo casa propia. Para él, sábado o domingo, feriados, mañanas, tardes o noches daban lo mismo. Las reuniones se extendían largamente porque Orfila era un editor muy cuidadoso y detallista; para él la administración de los recursos, la revisión de los costos de un libro, el descuento a los libreros o el estado de la cobranza, tenían tanta importancia como la contratación de un libro fundamental para el catálogo de la editorial.

El otro aspecto al que le dedicaba mucho tiempo, y que en general no delegaba, era la relación con los autores y los editores del mundo. Para Orfila los autores eran el capital de una editorial.

Todos estos aspectos, que así enumerados pueden parecer poco importantes y específicos, eran el centro de su pedagogía y de su razón de ser, y por esos motivos la evaluación que de nosotros hacía dependía de cómo aplicábamos esas directrices. A través de los años, cada uno de estos aspectos se iba enriqueciendo con anécdotas, ejemplos de aciertos o errores y, en los últimos tiempos, cada uno de estos relatos siempre terminaba con la interrogación retórica “esta historia ya te la conté, ¿no?”.

Durante mis viajes a México, una de las noches estaba destinada a cenar en su casa y Laurette, que era una magnífica cocinera y amante de la cultura mexicana, siempre preparaba comida del país. En estas ocasiones invitaban a intelectuales mexicanos, latinoamericanos y a algún miembro del consejo, y Orfila no dejaba de trabajar. Por ejemplo, algunas veces me aleccionaba previamente para que hiciera una pregunta del tipo “¿en qué estás trabajando?”, pregunta dirigida a algún autor remolón, para ver si lograba fijar una fecha de entrega o tener la certeza del tema en que estaba trabajando.

Cuando venía a Buenos Aires lo hacía acompañado de Laurette y paraban en el departamento de su primera esposa, María Elena Satostegui, gerenta del Fondo de Cultura en Buenos Aires y conocida por su fuerte temperamento. Ambas mujeres, siendo de caracteres totalmente opuestos, se llevaban de maravilla, y María Elena, en su Volkswagen “escarabajo” negro, oficiaba de chofer de Orfila durante toda su estadía.

Si bien pasaba muchas horas en las oficinas de la editorial, primero en la sede de la Avenida Córdoba y Junín y luego en las de Perú 950, aprovechaba el viaje para ver a sus amigos más queridos, como José Luis Romero, Rodolfo Mondolfo, Gregorio Weinberg y muchos otros. Nunca entendí por qué me pedía que lo acompañara a tomar el té en la cercana confitería Paulista de Córdoba y Callao cuando iba a encontrarse con Alicia Moreau de Justo, a las 18.30. En general llegábamos diez minutos antes de la hora fijada y cuando venía Alicia me presentaba y comenzaban una charla que iba de los recuerdos personales a la política. Cuando terminaba mi café y se producía alguna pausa en la conversación de ellos, inventaba alguna excusa y me retiraba.



Orfila en la inauguración de la sede de Siglo XXI en Buenos Aires, en 1966, con sus amigos José Babini, Rodolfo Mondolfo y Gregorio Weinberg, y la editora María Elena Satostegui, que era su ex mujer y gerenta de Fondo de Cultura en Argentina.

En el mejor momento de la editorial se produce el golpe cívico-militar del 24 de marzo de 1976. Y a tal punto era el mejor momento que en el edificio de la calle Perú habíamos hecho un departamento para que Orfila y Laurette vivieran los seis meses del año que Orfila había planeado vivir en Buenos Aires.

El golpe me sorprende en Caracas y me entero del mismo por León Rozitchner, quien ya estaba exiliado en Venezuela. Regreso enseguida porque el 27 de marzo se inauguraba la Segunda Feria Internacional del Libro de Buenos Aires. Un viernes de finales de marzo, me encontraba en la editorial terminando una tarea acompañado por mi amigo y compañero de trabajo Jorge Tula. Estaba casi listo para ir a la Feria cuando, rompiendo la puerta a patadas, con armas largas y a los gritos, irrumpe una patota de civil que, luego nos enteramos, era un grupo de tareas de la Marina. Estuve desaparecido más de un mes, ya que nunca respondieron al pedido de hábeas corpus que presentó María Ester, embarazada en ese entonces de mi hija Laura. Vejaciones, golpes, maltratos y aislamiento total me acompañaron durante todo el tiempo que estuve detenido. Tula terminó a disposición del Poder Ejecutivo, lo soltaron

un año y pico más tarde, y se exilió en México con su familia. La misma suerte corrió Daniel Divinski, quien finalmente se exilió con Kuki y su hijo en Venezuela. Dicho sea de paso, las autoridades de la Feria del Libro no hicieron nada ante nuestra detención ni ante el cierre de Siglo XXI.

Luego de esta experiencia me exilié con mi familia en Colombia para continuar trabajando en Siglo XXI. La creación de esta nueva casa fue un proyecto que compartí y discutí con Orfila, quien en principio era partidario de hacerlo no en Colombia sino en Venezuela. Cuando Orfila acepta el proyecto de abrir un nuevo Siglo XXI en Bogotá, la apertura coincide con la fecha de mi exilio, por lo cual llegué justo para la inauguración del nuevo Siglo.

Yo dejé Buenos Aires con mucha culpa y, previo a mi instalación en Bogotá, pasé por México para arreglar varios aspectos de tipo legal. Los compañeros que quedaban en Buenos Aires, entre ellos Norberto Pérez, eran partidarios de reabrir Siglo XXI Argentina y me encomendaron la tarea de convencerlo a Orfila sobre este punto. También viajó con ese objetivo Leopoldo Portnoy, presidente del directorio de Siglo Argentina.

Fue una discusión larguísima y finalmente Orfila impone su voluntad, da por terminada la discusión y decide el cierre definitivo de la Casa Argentina, ya que considera antiético que estando él a miles de kilómetros, en la seguridad de México, los empleados de Siglo en Argentina corrieran peligro de muerte. Portnoy, aunque da por terminada la discusión, le pregunta a Orfila qué habría hecho si él dirigiera Siglo Argentina; Orfila le responde: "La mantengo abierta, pero ahí el riesgo lo corro yo".

Instalado en Colombia, mi relación con Orfila se hizo más estrecha. Lo veía por lo menos dos veces en el año, una para la asamblea anual de Siglo México y otra para discutir el plan editorial colombiano, la marcha de la casa, los estados contables, el control de las ediciones piratas. Este último tema siempre lo desveló (cuando llegué a Colombia había treinta y tres libros de Siglo XXI pirateados, obviamente los de más venta, y en poco más de un año, sin abogados, hablando y arreglando con cada uno de los piratas, estas ediciones quedaron reducidas a cero).

Como todas las reuniones de trabajo, estas eran muy largas y detalladas. Como a Orfila le interesaban mucho los números, revisaba cada una de las planillas que llevaba; yo las revisaba con la calculadora de bolsillo y Orfila con un lápiz Faber N° 2 de punta muy fina. No exagero, haciendo él los cálculos de manera manual y yo con la calculadora, no



Con Ernesto Guevara en La Habana, en 1962. Amigo del Che y de Fidel Castro, Orfila Reynal apoyó los movimientos revolucionarios de América Latina y a los líderes de las luchas por la emancipación africana y asiática.

solo llegábamos a la misma conclusión, sino que terminábamos la operación casi al mismo tiempo.

Desde el momento en que se produjo la Revolución Cubana, Orfila había dado el apoyo entusiasta a la revolución y celebraba una pública amistad con Fidel Castro y Ernesto Che Guevara. Desde mi llegada a Colombia pude constatar que viajaba con Laurette a Cuba por lo menos una vez al año. Siempre aclaraba que no iba a hacer “turismo revolucionario”, sino a trabajar y a apoyar la Revolución, y además que se pagaba todos sus gastos. Incluso un par de años participaron como voluntarios en el corte de caña de azúcar. Hay algún registro gráfico de la participación de ambos en la zafra en la que Cuba se proponía llegar a los diez millones de toneladas de azúcar. En esa época ambos superaban los setenta años.

Pero sus aportes más importantes fueron sus charlas de asesoramiento con los responsables de las políticas editoriales de la isla y la cesión, sin cobro de derechos, de los libros del catálogo de Siglo XXI que seleccionaban los cubanos. Y a la inversa, aunque Cuba no exigía el pago de derechos de autor, la política de Orfila con respecto a los libros de autores cubanos que publicábamos era pagar esos derechos puntualmente, ya se tratara de Alejo Carpentier o de *El diario del Che*

en *Bolivia*, libro del que se hicieron decenas de ediciones en América y en el mundo, y del que se vendieron cientos de miles de ejemplares. La única edición que pagaba los derechos correspondientes al Instituto Cubano del Libro era la edición de Siglo XXI.

Orfila era enemigo de dar entrevistas, de hecho dio muy pocas, como documenta Alejandro Archain en el trabajo que integra este libro. Fue un hombre de perfil muy bajo que exigía lo mismo de sus colaboradores, por ejemplo en ningún libro de Siglo XXI se permitía que el autor dedicara o agradeciera a su editor. Durante mis años en Siglo XXI hubo un par de excepciones, una fue el libro de Tulio Halperín Donghi, *Revolución y guerra*, en el que Tulio agradece a Orfila por haberlo impulsado a escribir ese libro; el otro autor es Borges por la publicación de su *Antología personal*, que había preparado para Siglo a pedido de Orfila. Un día, ya residiendo en México, le marco esta contradicción y, muy rápido de reflejos, me dice que esos libros los compusimos y armamos en Buenos Aires, así que debía haber sido un error de nuestros correctores, a quienes se les pasaría “la errata”.

Orfila era muy afable en el trato y muy convincente en la conversación, su fuerte era el “uno a uno”, ahí imponía su convicción y su autoridad. Además de afable, su conversación era muy interesante y por momentos apasionante. Muchísimos autores, periodistas, amigos, editores extranjeros o nosotros mismos le decíamos que tenía que escribir sus memorias, pero la respuesta siempre era la misma: para conocer la vida de un editor no hay mejor medio que conocer el catálogo.

Leí en muchos libros sobre la edición o en reportajes a grandes editores, que en el catálogo un editor de raza vuelca su vida, sus sueños, su visión de la historia y hasta su visión del amor; también sobre la importancia del catálogo como el activo simbólico más importante de una editorial, y que ser un buen editor implica crear un catálogo coherente, que sea reconocido por los lectores y que tenga permanencia en el tiempo, pero cada vez que leo esta verdad irrefutable, siempre me parece estar escuchando la voz de Orfila repitiendo hasta el cansancio y de distintas maneras y con distintos argumentos este mismo concepto.

Al poco tiempo de llegar a México, por razones que no vienen al caso, le comunico que dejo Siglo XXI y que paso a dirigir la sucursal de Alianza Editorial en México, editorial que en España dirigía Javier Pradera, primer director de FCE en España nombrado por Orfila. Y me

quedé un mes más para solucionar unos problemas legales que estaban pendientes en la constitución de la casa colombiana.

Mi último día de trabajo en Siglo fue de mucha emoción y tristeza. Orfila, en contra de la tradición, declara un asueto de dos horas antes de finalizar el horario de trabajo y convoca a todo el personal, desde los chicos de la bodega hasta los editores, desde el personal administrativo hasta los encargados de la librería y biblioteca, a un almuerzo despedida en *El Hipocampo*, un restaurante tradicional de comida mexicana.

Ahí, rodeado de todos mis compañeros de trabajo, Orfila me despide con gran cariño y me regala unas acciones de la editorial, por las cuales en los años que estuve en México me convocaban a la Asamblea Anual de Accionistas y posterior cóctel. Independientemente de esta convocatoria, cada mes o mes y medio pasaba por la editorial y conversábamos un par de horas.

Una de estas veces, luego de haber regresado de Colombia, donde había ido por cuestiones que tenían que ver con mi trabajo en Alianza, le traje –como hacía cada vez que viajaba a México en mi etapa colombiana– varios cartones de cigarrillos Piel Roja, un cigarrillo rubio, sin filtro y muy barato que le encantaba a Orfila. Ese día me abrazó, y creo que fue la última vez que nos abrazamos; nuestra conversación transcurrió bajo el humo de los Piel Roja y mis Marlboro.

Como pocos editores, Orfila supo captar el clima político-cultural de su época: Revolución Cubana, Mayo Francés, clima de insurgencia y de cambios en el continente, intensificación de la Guerra de Vietnam, en América Latina se produce el “Boom” de la narrativa y en el campo de la economía política se desarrolla la teoría de la dependencia. En este clima de ebullición cultural y política, de cambios y nuevos paradigmas, Orfila es el mejor intérprete de las mutaciones y de las grandes transformaciones y nuevas problemáticas por las que estaba pasando “Nuestra América”.

Sería muy largo enumerar lo que aprendí de Orfila, y además no sería relevante para el lector de estas líneas. Sin embargo creo fundamental resaltar lo más importante de sus enseñanzas: la coherencia entre vida privada y profesional y su ineludible fe en que los buenos libros hacen mejores hombres, ayudan a mejorar las sociedades y a combatir las injusticias. Ese es su legado.

••

Como pocos editores, Orfila Reynal supo captar el clima político-cultural de su época: Revolución Cubana, Mayo Francés, clima de insurgencia y de cambios en el continente, intensificación de la Guerra de Vietnam, en América Latina se produce el "boom" de la narrativa y en el campo de la economía política se desarrolla la teoría de la dependencia.

En este clima de ebullición cultural y política, de cambios y nuevos paradigmas, Orfila es el mejor intérprete de las mutaciones y de las grandes transformaciones y nuevas problemáticas por las que estaba pasando "Nuestra América".

Sería muy largo enumerar lo que aprendí de Orfila, y además no sería relevante para el lector.

Sin embargo creo fundamental resaltar lo más importante de sus enseñanzas: la coherencia entre vida privada y profesional y su ineludible fe en que los buenos libros hacen mejores hombres, ayudan a mejorar las sociedades y a combatir las injusticias.

Ese es su legado.

Alberto Díaz

Peudeba

ISBN 978-950-23-2437-1



9 789502 324371